presente, que el daño que hemos sufrido nos estaba amenazando, ya que nuestros repetidos artículos insertados en *El Bien del País* acerca la materia no han producido efecto alguno, quizás porque leidos en dias de calma no se pensaba en los de tribulacion; seriamos altamente culpables si guardando ahora consideraciones funestas fuésemos mudos testigos del dolor, y nos limitásemos á devorar el que comprime nuestros pechos por el mal que hemos sufrido en nuestras haciendas y por el general que ha caído sobre todos.

No: nosotros comprendemos de distinta manera los deberes de la mision que movidos por el amor que profesamos á nuestro país hemos tomado sobre nosotros; consideramos que no es ocasion de llorar cual otro Boabdil como débiles niños ó flacas mugeres sobre los males del país cuando estos han tenido ya lugar; sino que mas bien deben estos predecirse antes de tener efecto con la esforzada voz de Cassandra, ó con las proféticas lamentaciones de Jeremías. ¡Ay de Troya! *¡Væ tibi Jerusalem!* decian la hija de Priamo y el sagrado Profeta; y ¡ay del Ampurdan! decimos nosotros, si de una manera séria y decisiva no se acude á enfrenar los rios.

Ya hemos dicho otras veces que esta preciosa llanura, delicia de sus habitadores y de cuantos la conocen, estaba amenazada de verse convertida en vasta region de pantanos inhabitable para los hombres. Inmensas lagunas se conocen hoy en el mundo moderno, que en otros tiempos fueron regiones habitadas por pueblos que han desaparecido porque las aguas han tomado posesion del suelo que las mantenia. El Ampurdan está amenazado de tan inmenso daño. Despertad pues ó pueblos que le habitais, y preveuid antes no tengais que perder toda esperanza.

Quien esto escribe tiene llenados ya todos sus deberes acerca la materia, los deberes que le impone su posicion oficial, y los que le cumplen tambien como ciudadano poseido de ardiente amor al suelo en que nació. Ha advertido no una vez sola á sus conciudadanos lo grave del peligro, y les ha conjurado á que acudiesen al remedio: su voz se ha levantado tan persuasiva y enérgica como le ha sido posible usarla. Si no ha sido atendida, á la humildad de su posicion y á lo escaso de su valía, que no á falta de buena voluntad y de celo, debe atribuirse; ha acudido ademas al Gobierno supremo haciendo presente con respeto, pero con vehemencia la inmensidad del mismo peligro, y hasta se ha adelantado á explanar los medios que consideraba mas propios para prevenirle. Su informe concienzudo, ya que no digno de la honrosa